

EL SÉPTIMO CÍRCULO

UN LADRON EN LA NOCHE

por

THOMAS WALSH



El problema de Eddie, el protagonista de esta novela, es cometer un crimen perfecto que, por su naturaleza y características, se transformará en el crimen del siglo. Pero antes tiene que salir de la cárcel.

PRIMERA PARTE

EL CHALET DE LA PLAYA

BIEN, LES DIRÉ. Cuentan que yo solía escribir muy buenas composiciones cuando, años atrás, cursaba el sexto grado en el colegio Saint Anthony con la Hermana Ethelda, quien casi con seguridad no estaba muy contenta de tenerme en su clase. Por alguna razón este pensamiento surgió la otra noche, en que había ido con Katje a ver una película sobre cierta gente de alta sociedad, que pasaba la mayor parte del tiempo dando vueltas y divirtiéndose casi sin ropas. De manera que cuando salimos me entretuve pensando cómo desarrollar una historia en realidad verídica, como la que ocurrió entre el Hombre Gordo y yo, incluyendo, por supuesto, los hechos auténticos, lo que en efecto, sucedió. Mencioné tal idea a Katie y ella se entusiasmó mucho; quedó convencida al instante puesto que ahora cree que puedo hacer cualquier cosa que me proponga, por muy difícil que sea. Para serles franco, creo que en una época, no muy distante, yo mismo tenía ese concepto. Ahora me conozco mejor; tengo más experiencia. ¿Cómo la adquirí? Si quieren saberlo, concédanme un minuto para que pueda volver a recordar el asunto, y entonces logre, tal vez, explicarles dónde y cómo empezó todo. Supongo que me agrada contarlo.

Está bien. Me imagino que fue el verano pasado, en el chalet que posee mi hermano Robert en la playa. Allí fui

con Katie, un viernes por la tarde, a fines de agosto, esperando pasar el mejor fin de semana que alguien pudiera concebir. Por lo pronto, les adelantaré que a mi hermano Robert y a Meg, su mujer, les gustaba mucho Katie, y que lo mismo le sucedía a ella. Esto me complacía. De manera que decidí convidar a todo el grupo —excepto, por supuesto, los dos chicos de Robert— a comer la más grande y mejor langosta que se podía conseguir en el lugar. Después nos sentamos en el porche del frente a contemplar la salida de una resplandeciente luna de agosto y a tomar uno o dos tragos. Cuando nos fuimos a dormir, cerca de las doce, yo estaba pensando que Katie y yo podríamos casarnos el próximo verano —si ella sentía por mí lo que yo sentía por ella— y que podríamos alquilar un chalet, aquí en Duffy's Point y tener en verdad algo que se proyectara para el resto de nuestros días, igual que Robert y Meg.

De modo que me fui a dormir así, con una cantidad de planes en mi cabeza y sin problemas. Pero cuando me desperté a la mañana siguiente, cerca de las seis, había tenido un mal sueño, o había dormido en mala posición, porque ya no me sentía el mismo Eddie McNulty, y eso era una realidad. Me parecía que algo me había estado trabajando, o perturbando, mientras dormía, de modo que en cuanto abrí los ojos, tuve la sensación de que ya no seguiría siendo tan feliz como una mosca, y que éste no sería el fin de semana que había esperado. Así que me levanté, sin despertar a nadie y bajé a la playa, donde me senté a contemplar cómo rompían las grandes olas del Atlántico, fumando un cigarrillo tras otro.

Puedo decir que me sentía muy desdichado y deprimido. ¿Cómo podía siquiera pensar en casarme con una muchacha como Katie Polchinski?, comencé a preguntarme. Si ni tan sólo podía contarle la verdad sobre Eddie McNulty; o por lo menos todavía no lo había hecho, ¿Por qué razón? Porque sabía lo que iba a suceder si lo hacía; ésa es la razón. Sabía que ella lo tomaría en tal forma —¿y por qué no

habría de hacerlo?— que no la vería nunca más. Pero si eso sucedía, dado lo que había llegado a sentir por ella en sólo seis semanas, lo mejor que podía hacer era levantarme sin demora y dirigirme directamente hacia las olas grises que tenía al frente y no detenerme hasta tener varios cientos de metros de agua sobre mi cabeza.

Así es, tal vez ustedes sepan cómo sucede. Primero uno comienza a tenerse lástima después se va enojando y trata de creer que es tan bueno como los demás, no importa lo que haya hecho; entonces, cuando uno se da cuenta de que sólo está escondiendo la cabeza en la arena sin enfrentar las cosas como un hombre, siente que el diablo se le mete en el cuerpo, aun cuando esté con la gente que más le gusta. Se vuelve contra ellos —al menos si está hecho como yo—, contesta de mala manera y los mira de reojo. Supongo que eso se debe a la conciencia corrompida que se tiene. ¿No lo creen? Es que uno necesita descargarse en algo, o en alguien, sea lo que sea, y por alguna razón se vuelve tan perverso como una víbora.

No me pregunten por qué suceden las cosas en esa forma. No podría responderles. Pero durante todo el sábado sentí que la maldad trabajaba y rebullía en mí hiciera lo que hiciera, y pensaba todo el tiempo en lo que tenía Robert —me refiero a Meg y a sus encantadores chicos— y en lo que tenía yo. Luego comencé a odiarlo y a despreciarlo, y bien pronto, aunque por supuesto sin admitirlo, comencé a odiar a Eddie McNulty aun más. De modo que me pasé toda la tarde solo en la playa, pese a que sabía que Katie se sentiría dolorida y ofendida por la forma en que había empezado a tratarla de repente; y cuando, pasadas las dieciocho y media, salió Meg haciendo señas y llamándome a comer, me mantuve sin mirar ni hablar a ninguno de ellos.

En cambio, cuando subí a la casa, armé una cantidad de ruido y desorden jugando con los chicos: Maggie, de cua-

tro años, llamada así por su madre, y Edward James, de dos, que llevaba mi nombre. Luego, cuando Katie y Meg se fueron a la cocina para hacer algo respecto a un pollo asado y una ensalada, vi que Robert comenzaba a rondar y me di cuenta de que estaba tratando de cobrar ánimo para interrogarme sobre la desagradable manera en que me había comportado todo el día.

Estaba en lo cierto, pues lo primero que hizo fue decirme lo contento que estaba respecto a lo que le había contado de mi nuevo trabajo... trabajo que en realidad no existía, si es que debo decirles la verdad. Por supuesto, aunque la última noche hablé de él durante un par de horas con Robert y Katie. ¿Y puede alguien decirme —puesto que al parecer estamos en el tema— la causa por la cual Eddie McNulty siempre sentía que tenía que impresionar a la otra gente y demostrarle que era un gran tipo y hacía mucho dinero? No creo que Katie sospechara que yo le estaba mintiendo respecto a ese asunto de vender acciones y bonos en una oficina de Wall Street, pues sólo me conocía desde hacía seis semanas; pero Robert por supuesto se dio cuenta de la superchería al instante ya que antes lo había soportado unas cinco o seis veces. ¿Y qué? Comencé a enfurecerme contra él, por la simple razón de que conocía la verdad respecto a mí. Mientras él aún estaba tratando de encauzar las cosas entre nosotros, me levanté y preparé un buen trago fuerte para mí, y luego se lo pasé a él.

—Dejemos el nombre de la compañía en que trabajo —le dije—. Eso es asunto mío, me parece, y no tuyo. Creo que eres muy fresco en preguntarme eso, en todo caso, yo sé adónde quieres llegar. Yo sé lo que estás pensando. ¿Pero con quién crees que estás hablando?

Ustedes se dan cuenta, por supuesto. Yo estaba tratando de echarle la culpa a él, como si me hubiera ofendido sin razón, y sin embargo, sabía todo el tiempo en mi fuero interno lo que él quería y desde luego sabía quién era el que estaba mal y quién no.

—Está bien, entonces —admitió Robert, echando un rápido vistazo a la puerta de la cocina para asegurarse de que ellas no regresarían todavía y mirándome luego con desolación—: Bueno, Eddie, veamos si por una vez en la vida podemos hablar del asunto con calma y tranquilidad. Tú siempre pareces estallar antes de que podamos ni siquiera comenzar. ¿Alguna vez te preguntaste por qué?

—¿Del asunto? —dije. Sentía que mis dientes rechinaban—. ¿Qué asunto? ¿De qué estás hablando?

—Tú sabes de lo que estoy hablando —dijo Robert—. ¿De qué estás viviendo Eddie? Tú no te ocupas de ninguna venta de acciones y bonos. Tú no tienes ningún trabajo, eso es todo. ¿Entonces, cómo es posible que tengas un convertible de cuatro mil quinientos dólares que está ahí afuera? ¿De dónde los sacaste?

—¿A quién diablos le interesa saberlo? —le grité, levantándome de un salto—. Saqué dinero de un banco, tal vez de un banco de arena de Coney Island. ¡Cállate la boca!

Hasta los dos chicos se dieron cuenta de que algo andaba mal; muy mal. Se asustaron. Se quedaron sentados frente a nosotros muy tiesos, el pequeño Eddie con una mano en la boca, listo para gritar y Maggie sosteniendo una muñeca de felpa en sus rodillas. Comenzó a mecerla, supongo que para confortarse y calmarse. Se podía ver que sus grandes ojos castaños estaban empañados.

—Baja la voz —dijo Robert con tranquilidad—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué no puedes hablar de esto con serenidad? ¿Por qué siempre parece que sigues siendo un chico, Eddie? Es una hermosa muchacha la que tienes ahí... —dijo, señalando con su cabeza la puerta de la cocina—. Una hermosa joven en verdad. Meg cree que está muy enamorada de ti, y yo también. Pero ¿le has hablado de ti? ¿Le has contado la verdad, o te estás comportando como un gran personaje otra vez? Me gustaría que le hablaras de ti y luego vieras lo que sucede. Es posible que te sorprendas,

Eddie. Si no estoy cien por ciento equivocado en lo que a ella se refiere, diría que es el tipo...

Me dirigí hacia él con los puños cerrados. Una cosa era permanecer en la playa y darse cuenta de lo que en realidad podía ofrecerle a Katie Polchinski; y era otra que alguien me lo indicara. Vi rojo.

—¡Di lo que piensas! —le grité—. De todos modos yo sé a qué te refieres. Ella es una muchacha, claro... pero tal vez demasiado buena para Eddie McNulty, ¿no? ¿Es éso?

—¡Mamá! —comenzó a gritar el pequeño Eddie—. ¡Mamá!

—No —dijo Robert, sin ceder una pulgada esta vez. También él tiene su carácter, pero no es como yo; por lo general puede contenerse—. No, no es eso... y tú lo sabes. Te estoy pidiendo que le digas la verdad; eso es todo. Ella merece esa consideración ¿no es cierto?

Bueno, no pude contestarle nada esta vez. No podía confiar en mí. Simplemente caminé hacia el dormitorio con la cabeza apretada y metí todas mis cosas en la valija. Cuando salí con ella, Katie y Meg estaban con él en la sala, y la impresión que sentí —estuviera o no en lo cierto— fue de que todos habían estado cuchicheando sobre mí y se habían detenido de súbito, cuando me vieron detrás de ellos. Volví a ponerme tenso y sentí que todo mi cuerpo temblaba.

—¡Te llevaré de vuelta a Flushing enseguida! —le dije a Katie sin aliento—. Y no pienso quedarme a esperar ningún pollo asado, tampoco. ¡Busca tu valija!

—¿Cómo? —me preguntó Meg—. ¡Por Dios! ¿Qué ha pasado entre ustedes dos? ¿Qué sucede, Eddie?

—No sé —dije—. No sabría decirles. Soy un pequeño personaje que habla mucho, eso es todo; ni siquiera soy adulto. ¿Estás buscando tus cosas, Katie?

—¿Así que era eso? —dijo Robert, intercambiando una mirada con ella—. Ya veo. Bueno, si se trata de eso, siento mucho haberlo dicho, Eddie. Pero tú sabes por qué lo hice.

—Puedes apostar que sí —le contesté—. Sucede que todavía puedo entender algunas cosas, Mayor McNulty. ¡Te pedí que buscaras tu equipaje, Katie!

Después salí, puse en marcha el convertible, lo traje hasta la puerta de entrada y esperé hasta que los tres salieron. Katie estaba muy molesta por todo, casi lloraba; pero tampoco quise decirle nada a ella.

¿Ustedes quieren saber algo acerca de Eddie McNulty? ¿Quieren saber cuán rencoroso era? A él le gustaba eso. Le gustaba herirla en esa forma y ponerla en una posición como ésta, frente a gente que apenas conocía; y también le gustaba herir a su hermano Robert. Eso fue lo que tanto me perturbó después, un sentimiento que nunca podría perdonarme, aunque viviera hasta los ciento cincuenta años. Yo sabía que el lunes por la mañana él se embarcaría hacia una importante instalación que la Fuerza Aérea estaba levantando en algún lugar de Europa; sabía que allá podía ocurrirle cualquier tipo de accidente; y sin embargo no lo miré, ni le dije adiós; y ni siquiera le estreché la mano cuando Katie se sentó en el convertible a mi lado.

—... En realidad en ningún momento quise ofenderte —estaba diciendo él muy afligido, como si estuviera preparado para echarse la culpa por lo que había sucedido—. Tú debieras saberlo, Eddie. Dejemos esto de lado, los hermanos McNulty no deben separarse, ¿no es cierto? —Me sonrió en forma casi suplicante, e incluso me tomó del brazo por un momento—. Acuérdate de la pequeña granja de pollos en Nueva Jersey —añadió—. Porque si pudimos pasar por eso, Eddie, podemos pasar por cualquier cosa que nos suceda en adelante. Así que acabemos con esto, ¿quieres? Pasaré un par de años sin verte, tal vez, y todo lo que quise decir...

—¡Quita la mano de este auto! —le dije, apartándosela como si fuera veneno—. Y no te acerques. No necesitas preocuparte por una ausencia de dos años, porque nunca volverás a verme en toda tu vida. ¡Apártate del camino!

Así fue como le dije adiós a mi hermano Robert esa noche. Todo debido a mi maldito orgullo, y a que yo no servía para otra cosa. Pero cuando íbamos a dejar aquel sucio camino, me di vuelta, y vi que aún estaba en la puerta de su casa mirándome.

Detrás de él se veían los otros pocos chalets en Duffy's Point, tal vez cinco o seis; más atrás una angosta franja de hirviente y blanco oleaje; más allá el agua negra, negrísima, y luego una cantidad de estrellas, brillando como candelas, en un cielo sin nubes de un negro aterciopelado. A último momento oí que gritaba: "¡Hasta pronto! ¡Hasta la vista, Eddie!" mientras levantaba el brazo de los hombros de Meg para saludarme. Yo no le respondí, sin embargo, y eso fue otra cosa que tuve que recordar después. Ni siquiera fui capaz de contestarle. Ese era Eddie McNulty para ustedes. Sí. Un verdadero príncipe.

Con Katie me comporté como un perverso. Teníamos un buen trecho de camino hasta Flushing, donde vivía en una casa colonial de ladrillo rojo, de dos pisos, con su padre; y aunque yo sabía que estaba desconcertada, porque no comprendía lo que me pasaba ni la causa por la cual me había comportado en esa forma, no quise hablar con ella para explicarle el asunto; en cambio puse la radio a todo volumen, la acompañé silbando entre dientes, y seguí manejando como si ella no estuviera en el auto conmigo.

Creo que ni siquiera hablé más de diez palabras con ella en el trayecto. El diablo que existía en mí había arruinado en forma deliberada todo lo que había entre los hermanos McNulty. Supongo que ahora quería destruir todo lo que tenía con ella también. Algunas veces no nos era necesario hablar, simplemente parecíamos saber, sin decirlo, lo que el otro estaba sintiendo o pensando.

Sin embargo esta noche no sucedía así. Una o dos veces, en que la miré de reojo, todo lo que vi fueron sus manos entrelazadas sobre sus rodillas, y su cabeza vuelta con tristeza hacia el tránsito. Por supuesto, en ese momento yo

no tenía idea de la absurda sospecha que ella estaba imaginando en torno a Eddie McNulty; pero sabía que estaba destruyendo cualquier cosa que hubiera entre nosotros, como si eso fuera mi deseo. ¿Por qué? No me lo pregunten. Puedo hablarles de mis sentimientos acerca de las cosas y de mis ideas pero nada más.

Por fin llegamos a su casa en Flushing. Ella abrió la puerta del convertible, y yo fui hacia atrás para abrir el portabáúles y sacar su valija. Todavía sin pronunciar palabra, me dirigí hacia la puerta de entrada en pos de ella. Para ese entonces me estaba poniendo un poco nervioso, pese a que soy uno de esos tipos recios —o solía serlo— que no se asusta con facilidad ni con mucha frecuencia. Lo que me atemorizaba era la idea de que, después de esta noche, era posible que no volviera a verla. Simplemente no podía soportarlo. Había luces en la cocina de su casa y percibí humo de cigarrillos y un par de voces masculinas cuchicheando adentro, de modo que me di cuenta que el padre estaba en la casa hablando con alguien. Yo sostenía su valija, y aún la tenía cuando abrió la puerta y se dio vuelta hacia mí.

—Espera un momento —le dije. Ella llevaba un traje blanco de cintura angosta y pollera amplia, su rubia cabellera nunca había estado tan suave y brillante, y sus ojos nunca tan profundos y tan azules—. Quiero explicarte algo —agregué en tono duro—. No entres todavía. No lo hagas, Katie, por favor.

—Está bien —dijo ella con una sonrisa algo forzada—. No hay nada que explicar, Eddie. ¿Puedes darme mi valija ahora?

—Katie... —le rogué de nuevo. Era muy difícil, terriblemente difícil. Sólo la conocía desde hacía seis semanas, cuando nos habíamos rozado los guardabarros en una atiborrada playa de estacionamiento. Pero yo estaba seguro de lo que sentía por ella, sin dudar, cuando aún no habían pasado seis horas—. Katie, por favor, dame la oportunidad de...

—Está bien —dijo ella quedamente—. Está bien, te lo aseguro. ¿Quieres darme mi valija ahora?

—Cuando termine lo que tengo que decir —dije poniéndome firme, pues me di cuenta de que era la única manera de lograr algo—, no antes. Robert quería que te explicara algo cuando estábamos en el chalet. Eso era lo que estábamos discutiendo. Sólo que yo... bueno, supongo que estaba atemorizado y avergonzado, porque una vez que lo supieras, me parecía, nunca querrías volver a tener nada conmigo. No querrías volver a verme. Por eso... Tú comprendes lo que quiero decir Katie, ¿no es cierto?

—Creo que sí —susurró ella—. Todo el día sentí que algo andaba mal entre nosotros. También creo que sé qué es. Tú eres un hombre casado, ¿verdad?

Todo lo que pude hacer fue quedarme allí, con la boca abierta, mirándola absorto.

—¿Un hombre casado? —musité por fin; porque ésta era la última idea que me hubiera pasado por la mente. Quiero decir, que Eddie McNulty fuera casado. El asombro y la sorpresa fueron tan grandes, que el verdadero motivo se me escapó sin que me diera cuenta y creo que esa era la única forma que me hubiera permitido decirlo.

—¡Pero no! —dije—. ¿Cómo se te ocurrió esa idea? ¡Por Dios... por Dios Katie! Yo no soy casado. Se trata de otra cosa, de algo mucho peor. He estado preso, ¿te das cuenta? Estuve tres años, cuando chico, por haber robado; y después me pescaron por otra cosa, algo por lo cual yo ni siquiera era responsable; estaba en América del Sud. Eso es lo que he tratado de tener el coraje de decirte. Soy un perdedor doble, ¿comprendes? Tengo antecedentes policiales. Pero no me mires en esa forma Katie. Di algo ¿Qué te pasa? ¡Katie!

Tal vez el hecho de ser un perdedor doble era para mí mucho peor que ser casado; no para ella. Me siguió mirando con fijeza, luego meneó la cabeza en forma lenta, como si quisiera negar algo que en realidad no deseaba negar;

luego cerró los ojos y oí que sus dientes rechinaban; después abrió los ojos y su pequeño rostro se suavizó, poniéndose hermoso y radiante.

Después me di cuenta de que sus brazos me rodeaban, por primera vez, y que me hablaba en voz baja y me besaba, una y otra vez, casi con desesperación. No podía creerlo. Ella había estado pensando en otra mujer. Pero el asunto real, mi condena... bueno, eso lo apartó de nosotros en dos segundos, como si lo que le había contado fuera que me habían echado del grupo de monaguillos, cuando tenía ocho años, por haber faltado demasiadas veces a la Bendición del domingo.

—Yo pensaba que era demasiado bello para que me sucediera a mí —musitaba ella—. ¡Oh, Eddie yo sabía lo que sentía respecto a tí, cuánto te quería!, pero luego te comportaste de una forma tan rara, y te oí hablando con Robert en la sala, que pensé que lo que sucedía era que había otra mujer, que tú eras casado. Que era eso lo que él quería que me contaras. Pero si no es eso, si es sólo... ¿Qué importa entonces? ¿Qué otra cosa podía importar? ¡Oh, Eddie!

Y comenzó a besarme de nuevo. Bueno, yo estaba un poco confundido, o tal vez asombrado, porque jamás se me hubiera ocurrido que las muchachas como Katie Polchinski se comportaran de esa forma. Son un misterio, ¿no es cierto? Al fin ella se recobró, sonrojándose un poco, y se apartó de mí. Luego nos sentamos en los escalones del porche y seguimos hablando; en cinco minutos ella logró arreglar todo entre nosotros.

Resultaba bastante simple, al menos en la forma que lo veía Katie. Yo tendría que cuidarme de ahora en adelante, y no volver a meterme en líos; luego su padre tal vez podría ayudarme a encontrar un trabajo en la compañía de seguros donde trabajaba; y al principio ella trabajaría por un tiempo. O si no yo podría dedicarme a los negocios por mi cuenta, pues ella tenía algún dinero ahorrado Tal vez...

—Tú debes pensar esto un poco mejor —le dije, con un poco de desesperación, porque yo deseaba tanto como ella que las cosas siguieran en esa forma, sólo que veía una cantidad de inconvenientes en los que ella ni siquiera había pensado—. No es tan fácil Katie. En primer lugar, tendré que contarle a tu padre que cumplí una condena. ¿Entonces qué pasará? ¿Qué dirá él de ello?

—Bueno, por supuesto que se lo diremos —dijo ella, concordando conmigo—. Pero se lo diremos después que nos casemos, entonces no tendrá más remedio que... —Se levantó de súbito, y miró hacia atrás. En ese momento se abrió la puerta de la cocina, y Mike Polchinski apareció en la galería que había entre el garaje y la casa, seguido de otro hombre—. ¿Quién está ahí? —exclamó Polchinski, mirando hacia donde estábamos nosotros—. Ah son ustedes dos. Hace un rato me pareció oír un auto; pero tú dijiste que no regresarías hasta mañana por la noche, Kotchie. ¿Qué sucedió?

Era un hombre de contextura recia, canoso, de mandíbula cuadrada, penetrantes ojos azules y rasgos fuertes y marcados. El otro sujeto también era bastante corpulento, pero todo lo que pude ver de él, puesto que Polchinski no había prendido la luz de la galería, fue que llevaba un traje gris de verano y un panamá.

—Nada especial —dijo Katie—. La hermana de Eddie se sentía un poco indispuesta a causa de un resfrío, así que pensamos que tal vez podríamos resultar molestos.

—¿Es cierto? —le preguntó Polchinski, mirándome de arriba a abajo con poca simpatía; supongo que esto se debía a que había tenido cinco hermosas hijas, todas casadas ahora, excepto Katie, y es probable que la idea de perderla no le agradara demasiado.

—Entonces sería mejor que te fueras a la cama Kotchie. Ya es hora, ¿no es cierto? Son las veintitrés pasadas. ¿Qué hora tiene usted McNulty?

Bueno, yo sabía que debía tratar de agradecerlo a causa de lo que Katie y yo tendríamos que contarle uno de estos días; de modo que pretendí sorprenderme enormemente ante lo avanzado de la hora, dije buenas noches sin demora, y me dirigí hacia el convertible. No pude ver bien al sujeto que estaba detrás de Polchinski, pero me pareció que hizo un esfuerzo para verme cuando oyó mencionar mi nombre. Fue una simple impresión, y no me produjo ninguna alarma.

Al menos hasta una hora y media más tarde, cuando ya me encontraba en mi departamento en la ciudad, y me disponía a acomodarme con una botella de cerveza helada y la primera edición de los diarios matutinos. Después de haberme duchado, estaba apoltronado allí, ojeando los diarios, pero pensando en realidad en Katie, y preguntándome si estaba bien permitirle que se ligara con alguien como yo por el resto de sus días, cuando sonó el timbre. Hallé a tres hombres en el pasillo. El primero era Mike Polchinski, con las mandíbulas apretadas, un rictus en la boca, y una mirada fija en sus penetrantes ojos azules. El segundo era un policía uniformado. El tercero era el sujeto de traje gris y panamá. No había podido reconocerlo en la casa de Polchinski, pero puedo asegurarles que ahora lo reconocí enseguida. Me quedé atónito.

Era un sujeto llamado Jock Hennessy, con el cual tuve cierta relación, años atrás, cuando él aún estaba en la policía; relaciones nada agradables, por cierto. Sabía que después de eso él había sido separado del cuerpo, por alguna u otra razón, e ignoraba en qué forma se ganaba la vida en la actualidad. Pero las relaciones que habíamos tenido databan de una ocasión en que me había escogido para culparme de algo, no por que tuviera la menor evidencia al respecto, sino para poder acusar a alguien y formarse una reputación. Pude librarme del cargo con una coartada perfecta, que fue un golpe de suerte y lo hizo quedar bastante mal parado; desde entonces Jack Hennessy me profesó un